

# EL MUNDO

Miércoles, 22 de junio de 2005. Año XVII. Número: 5.671.

MUNDO

## Los 'técnicos' de la Solución Final

**Una exposición en el Museo Judío de Berlín muestra cómo ingenieros y arquitectos se pusieron al servicio de Hitler para concebir los crematorios de Auschwitz-Birkenau**

URSULA MORENO. Especial para EL MUNDO

**BERLIN.-** Quandt, Flick o Thyssen, la lista de dinastías que se enriquecieron al amparo de Hitler es larga. Pero todavía hoy, cuando acaba de celebrarse el 60º aniversario de la capitulación nazi, salen a la luz empresarios que colaboraron en el exterminio de seis millones de judíos.

¿Acaso habría sido posible levantar crematorios como los de Auschwitz sin la ayuda de ingenieros y arquitectos? ¿Cómo incinerar de forma rápida, económica y ahorrando combustible a más de un millón de presos?

Kurt Prüfer fue uno de los ingenieros que se enfrentaron a estos retos, al parecer, sin graves problemas de conciencia. La empresa Topf und Söhne (Topf e hijos) no escatimó esfuerzos a la hora de poner su experiencia en la construcción de incineradoras municipales al servicio de los campos de exterminio y de las SS. Al igual que los hermanos Ludwig y Ernst-Wolfgang Topf, su empleado Kurt Prüfer se sumó a las filas del partido de Hitler (NSDAP) en 1933. Seis años más tarde aceptaban el reto de optimizar la incineración de cadáveres en Auschwitz-Birkenau.

La empresa Topf und Söhne, radicada en Erfurt (este de Alemania), no hizo públicos hasta el año pasado sus archivos. Estos documentos sirven ahora de hilo conductor para una de esas exposiciones que ponen el estómago del revés. Planos, presupuestos y testimonios personales bajo el título Los técnicos de la Solución Final. Los artífices de los hornos de Auschwitz, reconstruyen en el Museo Judío de Berlín cómo fue posible convertir aquel campo de concentración en el mayor cementerio de Europa. Treinta ingenieros y arquitectos trabajaron al servicio de Himmler, que ordenó la construcción de cuatro nuevos crematorios en 1942. Creía que el genocidio avanzaba con demasiada lentitud.

En esta muestra, que viajará después a Auschwitz, Erfurt, París y Washington, pueden verse los planos de los crematorios. Aunque Kurt Prüfer fue llamado a diseñar los hornos y el sistema de ventilación, sus planos incluían los vestuarios, las cámaras de gas, los cuartos de rasurado, los almacenes para el combustible, joyas, dientes de oro, pelo, gafas y prótesis de los presos, la morgue o las oficinas de las SS.

En más de 12 ocasiones viajó a Auschwitz para comprobar el buen funcionamiento de su obra, en la que no estaba solo. Muchos operarios a cargo del mantenimiento de los hornos presenciaron escenas atroces, como la quema viva de prisioneros. Esto se desprende de los interrogatorios a los que fueron sometidos los «técnicos de la Solución Final» después de la guerra y que recoge la muestra.

Pero los mismos reclusos, obligados a trabajar en los crematorios, describen situaciones que rayan el esperpento. Henryk Tauber cuenta cómo una comisión formada por oficiales de las SS e ingenieros de la empresa Topf «comprobaban el proceso con reloj en mano, abrían los hornos para preguntarse por qué la quema tardaba más de 40 minutos».

Conmoción causan los testimonios de presos como Salmen Gradovsky, que

trabajaba en los hornos. «No tenemos el valor de decirles a nuestros hermanos que se desvistan. Porque la ropa que llevan es su último escudo, el abrigo que todavía alberga su vida ( )».

Documentos fotográficos de quemas al aire libre de miles de cadáveres cuando los hornos no podían dar más de sí vienen a sazonar la historia de «un infierno dantesco» que como cuenta Chaim Hermann, «resulta ridículo comparado con esta realidad, de la que nosotros somos testigos y que no sobreviviremos». Más de una decena de empresas como la de los Topf convirtieron Auschwitz en la mayor fábrica letal de Europa. Pero los hornos made in Germany llegaron también a Buchenwald, Dachau o Mauthausen. En enero de 1945, y con el Ejército Rojo a las puertas, los oficiales nazis ordenaron dinamitar los crematorios.

Ludwig Topf se suicidó el 31 de mayo de 1945, un día después de que arrestaran a Kurt Prüfer. En su carta de despedida rechazó cualquier responsabilidad en el genocidio perpetrado por los nazis. El primero en romper el silencio familiar ha sido su bisnieto, Harmut Topf, que a sus 70 años, reconoce que «hay que enfrentarse a la verdad».

© Mundinteractivos, S.A.